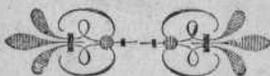


(Pliegos 3.)



HISTORIA
DE
PABLO Y VIRGINIA.



VALLADOLID.—1863.

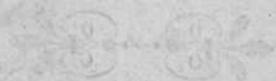
Imp. de Santaren, portales de Espadería, núm. 25.



Historia

de

Pablo y Virginia.



VALLEJO 1853.

Imp. de Santanen, portales de Papaderos, num. 25.

HISTORIA

DE PABLO Y VIRGINIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis, isla de Francia, hay un terreno antiguamente cultivado, las minas de dos pequeñas chozas, situadas en el centro de una ensenada, y rodeada de escarpadas rocas. A la parte izquierda se descubre la montaña "*El morro de la Descubierta*" y al pie de ella la ciudad de *Puerto-Luis*; sobre la derecha el camino que vá de *Puerto-Luis* al arrabal de las *Pamplenas*; en seguida la iglesia de este nombre, que se eleva con sus avenidas de bambués ó cañas, y mas allá un bosque que se estiende hasta las estremidades de la isla. En frente se distingue la bahía del *Sepulcro*, en la playa del mar; á la derecha el cabo *Desgraciado*, y despues del cabo el anchuroso Oceano, donde se ven varios islotes, entre ellos el llamado *Mira*, que parece un valuarte en medio de las olas.

Al pie de las chozas reina el mayor silencio, y no se descubren mas que enormes riscos; sus grietas y sus cimas crecen grupos de árboles, donde está el pequeño rio, llamado de *Lataneros*: una apacible claridad ilumina este recinto y no penetra el sol hasta medio dia.

En el año de 1726, un jóven, natural de Normandía, llamado Mr. de la Tour, solicitó, aunque inútilmente, entrar en el servicio del rey de Francia, y determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traía en su compañía una hermosa jóven, con la que se habia casado en secreto y sin ninguna dote, por ser ella de noble familia, y Mr. de la Tour jóven de ningun linage, se opuso la de su esposa á dicho casamiento.

Dejóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada y se embarcó para Madagascar, con el objeto de comprar negros y volverse á poner un establecimiento. Desembarcó en Madagascar, y á poco tiempo murió de una fiebre pútrida; todos

sus efectos fueron disipados, y su muger se halló sola en Puerto-Luis, en cinta, y sin mas bienes que una negra. Decidida en tan triste situacion á no mendigar favores de ningun hombre, determinó con su esclava cultivar una porcion de terreno para adquirirse la subsistencia. En una isla tan desierta no quiso elegir ni parajes feraces, ni los proporcionados para el comercio, sino algun asilo donde poder vivir desconocida y sola. Se encaminó á unas breñas, donde encontró una buena muger que habia un año habitaba en el mismo sitio, llamada Margarita; esta era natural de Bretaña, hija de unos pobres labradores, la que fué seducida por un caballero de su vecindad con promesas de matrimonio, y el ingrato se negó dar la subsistencia al fruto que llevaba en sus entrañas.

Habiendo perdido la honra se retiró á este lugar, y con un negro, ya de edad, que habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaban una rinconada de este terreno y vivian felices.

Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo, que se llamaba Pablo, alegróse de hallar una muger en situacion tan parecida á la suya y la ofreció su choza y amistad, la que aceptó madama de la Tour.

Un anciano que vivia legua y media, luego que supo que Margarita tenia una amiga, vino á visitarla para ofrecerle sus servicios, y halló en madama de la Tour una mujer excelente, la que estaba en dias de parir, y las dijo convenia partiesen entre sí el fondo de este valle.

Efectivamente, lo hicieron así, y verificada que fué esta division, echaron suertes sobre su propiedad, y la tocó la parte mas inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su porcion. Todavia necesitaban una habitacion particular para cada una, y determinaron hacerla con ayuda del anciano y el esclavo, que se llamaba Domingo, á madama de la Tour en los lindes de su terreno, próxima á la de Margarita; que tambien estaba en el suyo. Apenas habian hecho la choza, cuando madama de la Tour dió á luz una niña que la pusieron Virginia.

Luego que madama de la Tour hubo convallecido del

parto, empezaron á tomar incremento estas posesiones con la ayuda de su esclavo Domingo, que cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas feraces, sembrando las simientes para que eran proporcionados. Este se casó con María, la esclava de madama de la Tour, que era limpia y hacendosa, y la que iba á vender á Puerto-Luis lo sobrante de las dos familias. Ocupábanse las dos amigas en hilar algodón, de cuyo trabajo sacaban lo preciso para ambas familias, que era tan poco, que solo se ponian zapatos para ir á oír misa los dias festivos á las Pamplenas; Domingo y María salian á recibirlos apenas los divisaban, conociendo en los ojos de sus esclavos el gozo que tenian en verlas volver. Una religion pura acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigia su espíritu hácia la vida futura; su amistad se redobla á la vista de sus dos hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en lavarlos en un mismo baño, acostarles en una cuna y cambiarles á veces de pecho; en semejantes ocasiones decia madama de la Tour á su amiga: «Cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres.» Otras, reclinadas en las cunas de sus hijos, hablaban de sus infortunios, pero se consolaban con que aquellos inocentes serian mas felices y gozarian los sabrosos y puros placeres del amor cónyugal.

En efecto, nada era comparable al cariño que los dos niños empezaban á profesarse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia, y al punto que la veia se sonreía y callaba. Si Virginia lloraba, se advertia por los gritos de Pablo que esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazon porque él no participára de ella.

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprendieron á darse fué el de hermano y hermana.

Virginia se halló muy pronto en estado de gobernar la casa, Pablo cababa el jardin, iba al monte con Domingo, y si veia alguna florecita ó alguna cosa que le gustára, lo cogia para llevárselo á su hermana. Cuando alguno estaba en algun parage, seguro que el otro se hallaba cerca: una vez estaban al extremo de la huerta, y por librarse de un

aguacero, llevaba Virginia á Pablo del brazo, cubiertos con su zagalejo, é iban muy ufanos de verse debajo del paraguas de su invencion.

Todo su estudio lo ponian en amarse uno, á otro y ayudarse mutuamente. Sus madres les habian enseñado á temer y á amar á Dios, y veneraban á la Divinidad en la iglesia y en todas partes. Así se pasó su primera infancia; ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres del trabajo. Virginia, apenas cantaba el gallo, iba por agua á una fuente vecina y volvía á hacer el desayuno; cuando salía el sol pasaban Margarita y su hijo á la choza de la Tour, daban gracias á Dios y despues almorzaban sobre la fresca yerba.

Los dos jóvenes medraban rápidamente: Virginia no tenía más que doce años, y su estatura era mas que mediana, era bella en lo físico y moral. En Pablo se descubrian ya los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, aunque todo el dia estaba en continuo movimiento; se sosegaba al instante que veia á su hermana é iba á sentarse á su lado.

Tenia en Francia madama de la Tour una tia rica, vieja y solterona, la que no quiso socorrerla cuando se casó en secreto, á quien no hubiese recurrido aunque se viese reducida á la última miseria; pero desde que fué madre ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribió á su tia su desgracia y el nacimiento de su hija, y no tuvo respuesta; la escribia siempre que tenia ocasion, á fin de escitar su compasion hácia Virginia; pero se pasaron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion.

En 1738, á los tres años de haber llegado á la isla su Gobernador Mr. de Bourdenais, supo tenia una carta para ella de su tia. Fué á Puerto-Luis, y efectivamente se la entregó, en la que la decia era merecedora de su destino y la vituperaba en extremo, y por posdata la decia que la recomendaba á dicho Gobernador, que en efecto lo hizo así; pero fué recibida de Mr. Bourdenais muy friamente, segun lo preparado que estaba contra ella; y tratando de justificarse, la con-

testaba con monosílabos. Volvió á su choza derramando abundantes lágrimas, leyó la carta á sus amigos, y no se oía sino sollózar: su amiga la dijo razones que la consolaron. Tomó á los dos hijos en sus brazos, diciéndoles: «la desgracia me ha venido de lejos, la felicidad está cerca.» Pasó aquella aflicción, volvió á reinar la tranquilidad en aquel sitio y continuaron felices.

Un domingo fueron sus madres á misa á la iglesia de las Pamplenas, cuando se presentó á Virginia una vieja, negra marrona, flaca y mutilada, que parecia un esqueleto, desnuda enteramente, que venia huyendo de su amo, colono rico de las riberas del rio Negro, y la mostró su cuerpo lleno de cicatrices de los latigazos que habia recibido. Virginia compadecida la dió su almuerzo, y la dijo: pobrecita, ¿quieres guiarme donde está tu amo? Sí, contestó, pero está muy lejos. Virginia llamó á Pablo y le rogó la acompañara. La esclava fué conduciéndoles por sendas muy fragosas, hasta que al fin descubrieron una casa bien construida, y á su señor que estaba paseándose entre sus esclavos con un látigo en la mano. Virginia toda inmutada le pidió por Dios perdonára aquella esclava; prometió hacerlo así, no por Dios, sino por la hermosura de Virginia, la que hizo señas á la esclava para que se acercára. Volvian á su choza cansados de haber andado cinco leguas en ayunas, se sentaron á descansar al pie de un árbol, y viéndola de esta manera Pablo, quiso volver á pedir algo al colono, pero Virginia se opuso á ello. ¿Pues qué hemos de hacer? Estos árboles no producen ninguna fruta, tú estás muy fatigada! «Dios se compadecerá de nosotros,» contestó Virginia. Apenas dijo esto cuando oyeron un arroyuelo que caia de un peñasco, corrieron allá, y andando de una á otra parte vieron una palmera que el cogollo ó cebolleta es de muy buen comer; era muy difícil subirse á él por su elevacion, y el tronco era tan grueso que Pablo tuvo necesidad de hacer fuego con un palo seco, á modo de los negros. El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas en que estaba envuelta.

Hicieron aquella comida frugal, que les sirvió de alimento; pero turbaba su alegría el cuidado con que tendrían á sus madres. Después de haber comido quisieron seguir el camino; mas se vieron embarazados por no saber por donde ni á quien preguntárselo; pero Pablo, que nada le detenía, la dijo le siguiese: echaron á andar y llegaron á la orilla del río Negro, que les cortaba el paso. Virginia se desconsolaba, y Pablo la tomó en sus hombros pasándola al otro lado, aunque con mucho trabajo. Quiso continuar así, pero faltándole las fuerzas tuvo necesidad de bajar á Virginia de sus hombros y sentarse á su lado para descansar, y ella le dijo: déjame aquí, vete tu solo, puesto que aun puedes caminar, y tranquiliza á nuestras madres. Pablo no quiso, y la contestó: que si tenían que pasar allí la noche haría una cama de hojas.

Habiendo descansado Virginia un tanto, se hizo unos borreguies de las ramas que pendían de un árbol, y cortando una caña de bambú siguieron su marcha, apoyada una mano á la caña y otra al hombro de su hermano. Así iban caminando cuando por la espesura del terreno y la altura de los árboles perdieron la vista de la montaña de los tres Pechos, que era el punto de su dirección, y el sol iba á tocar el término de su carrera. También perdieron el sendero que les guiaba, encontrándose en un laberinto que no tenía salida. Subióse Pablo al árbol mas elevado con la esperanza de que algun cazador pudiese oírle, y gritaba: «¡Venid, venid al socorro de Virginia!» Los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz; bajóse del árbol muy acongojado y comenzó á buscar los medios de pasar allí la noche; pero como todos fuesen infructuosos, se puso á llorar y Virginia hizo lo mismo, diciéndole: «encomendémonos á Dios, Pablo.» Apenas pronunció esto cuando oyeron el ladrido de un perro y conocieron era el suyo; efectivamente, se presentó Leal á sus pies haciéndoles caricias, y vieron á Domingo que corría hácia ellos. Luego que les vió, exclamó: ¡Ah, hijos míos, como están vuestras madres llenas de tristeza!... Cuando vinieron de la iglesia, adonde fui á acompañarlas, quedaron sorprendidas al ver no estábais en casa:

María no sabía dar razon, porque estaba trabajando en un rincón de la casa. Yo andaba de aquí allí para buscaros; pero en vano, hasta que tomé vuestra ropa, se la di á oler á Leal, y el animalito que lo conoció, me fué guiando hasta la casa de un colono de rio Negro, quien me dijo le habiais llevado una negra, á quien por vuestros ruegos habia perdonado. ¡Pero qué perdon! allí me la mostró atada á un madero con una cadena al pie y un collar de hierro á la garganta.

Desde allí me dirigió Leal por el camino que habeis traído, y he visto una palmera recién caída que todavia humeaba. Finalmente, me ha traído aquí donde os encuentro, y aun hay cuatro leguas á nuestra posesion, y les dió algunos manjares que llevaba. Mientras los dos se alimentaban hizo fuego Domingo, encendió un hachon para seguir los tres, pero se vió embarazado, porque Pablo y Virginia no podian dar un paso de inchados que tenian los pies. Se veia perplejo no sabiendo que hacerse, cuando en esto vieron una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo, les dijo: «No os asusteis, nobles niños: sabemos que esta mañana habeis pedido el perdon de una esclava á su mal amo, y á tan generosa accion nosotros os conduciremos á vuestra hacienda en nuestros brazos.» Hicieron una especie de andas con ramas de árboles: cuatro negros los tomaron en hombros y partieron de allí, precediéndoles Domingo con su hacha de viento: en medio de los gritos de júbilo de toda la cuadrilla, Virginia enterdecida dijo á Pablo: «¡Oh hermano mio! nunca deja Dios sin galardón una accion buena.»

Llegaban á las chozas y vieron á sus madres y María que les salian al encuentro con teas encendidas. ¿De dónde venís, hijos acuitados? exclamó madama de la Tour. Las contaron lo que habia sucedido, abrazó á su hija sin poder articular una palabra; Margarita, enagenada de gozo, estrechaba á Pablo entre sus brazos y le decia: «Tú tambien, hijo mio, has hecho una buena accion.» Luego que estuvieron en sus chozas dieron de comer á los negros, los cuales se volvieron á sus

selvas, deseándoles toda suerte de prosperidades. Todos los días eran para su familia de dicha y paz inalterable.

Pablo á la edad de doce años, mas robusto y mas inteligente que los Europeos, hermoseaba las inmediaciones de las chozas, plantando varios árboles y sembrando simientes para el alimento de las dos familias; hacía caminos, quitando las piedras que interceptaban el paso á sus haciendas, con mucho trabajo y con la ayuda de Domingo.

Cuando Margarita dió á luz á Pablo, sembró un Coco de indias en una especie de laguna, en medio de un prado de yerba fina, para que lo que naciera sirviese de época al nacimiento de su hijo: madama de la Tour hizo igualmente con el mismo intento. Nacieron pues, los dos Cocoteros: uno se llamaba de Pablo y otro de Virginia. Pablo no deseaba sino complacerla en un todo. En tiempo de lluvias pasaban el día todos juntos en casa, ocupados amos y criados en hacer esteras de yerbas y canastillos de hojas de bambú.

En el año, aunque todos los días eran para ellos felices, habia los de sus madres, en los que hacian sus tortas de miel para regalárselas, y tenian varios juegos que las divertia mucho, cuyos días hacian muchas limosnas.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía; su madre estaba bien penetrada del mal de su hija, y la decia: «Dirigete á Dios, que es quien dispone á su arbitrio de la salud y de la vida de los mortales.»

Los vapores del Oceano, en un dia que hacía excesivo calor, cubrian los montes de rayos solares, como un vasto parasol. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedían de sí globos de fuego: bien pronto comenzaron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas del monte en que estaban sus cabañas, por donde salian mezclados con las tumultuosas aguas los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios, pues parecia que sus chozas iban á venir á tierra; pero el intrépido

Pablo andaba con Domingo de cabaña, en cabaña apuntalando aquí una viga y fijando allí una estaca, hasta que á la tardecita vino la serenidad deseada. Lo primero que hizo Virginia fué ver sus cocoteros, los que habian quedado intactos, apesar de que todos los árboles inmediatos se habian llevado los torrentes. A vista de tanta desolacion, dijo Virginia á Pablo: "Ya vés como el huracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú trajiste, y como ha destruido el jardin hecho por tu mano: en esta vida no hay cosa que no sea perecedera, y solo son inmutables las del cielo." "¿Qué no tuviera yo para podértela ofrecer, contestó Pablo, alguna cosa del cielo! Pero es tanta mi pobreza, que ni siquiera poseo la menor prenda de valor sobre la tierra." "Bien lo sé, replicó ella medio sonrosada, pero tienes la efigie de San Pablo." No bien oyó aquello Pablo, cuando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre. Era una miniatura que representaba á San Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion.

Despues de algun tiempo pensaban las madres entre sí casarlos: madama de la Tour se oponia á ello, y decia: "Son jóvenes aun, y pobres, dentro de poco haremos que Pablo pase á las indias por cierto tiempo, donde adquiera en el comercio cantidad de dinero con que pueda comprar un esclavo. Lo consultaron con el vecino, y fué del mismo dictámen, al que encargaron dijese á Pablo su proyecto, y pidiese el pasaporte al Gobernador. Efectivamente, se lo dijo; pero cuál fué su sorpresa cuando vió que Pablo no queria, alegando que si sucedia alguna desgracia durante su ausencia, en particular á Virginia, que anda triste y desazonada, cómo habia de socorrerla?"

En este intermedio recibió madama de la Tour una carta de su tia, en la que la decia se volviese á Francia, ó al menos á su hija Virginia, que queria darla una buena educacion, por lo que tuvieron una gran pesadumbre.

Al dia siguiente se presentó Mr. Bourdenais con dos esclavos, y vió la pobreza en que estaba aquella familia: la dijo que su tia le mandaba hiciese que fuesen á Francia, y madama de la Tour se resistia á ello, disculpándose con

que sus achaques no la permitian emprender un viaje tan largo como peligroso. La contestó que ya que ella no fuese, tenia que ir Virginia. La dejó un talego de pesos que llevaba, diciéndola: "aquí teneis ese dinero que vuestra tia ha destinado para los preparativos del viaje de la chica."

Convidaron á almorzar al Gobernador, el que quedó prendado de la frugalidad de sus manjares, de la sencillez de sus habitaciones y de sus conversaciones tan modestas como agradables.

Acabaron de almorzar, y el Gobernador se volvió á Puerto-Luis, diciéndola que en el dia habia ocasion de mandar á su hija lo que madama de la Tour dejó á su disposicion.

Como no la disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á los dos jóvenes para proporcionarles en lo sucesivo la felicidad mútua, llamó aparte á su hija y la habló en estos términos:

"Virginia, ya vés que nuestros criados son viejos, que Pablo es muy joven, que su madre vá siendo anciana y que yo estóy muy achacosa de males: ¿que sería de tí entre estas breñas si yo llegase á morir? Te verías precisada á trabajar continuamente en la tierra para ganar el sustento necesario."

A lo que contestó Virginia: "Dios nos ha condenado al trabajo; y vos, madre, me habeis enseñado á trabajar y bendecirle cada dia: así pues, no es posible que yo me determine á dejaros." Su madre la dijo: era con el objeto de á su vuelta casarla con Pablo, pues así serían dichosos, y no en aquella ocasion que eran todavia muy jóvenes. Al ver Virginia la confianza que hacía de ella su madre, no tuvo dificultad en abrir su corazon, declarándola sin disfrac la inclinacion, hasta entonces secreta de su alma.

A este tiempo se dejó entrar el confesor de madama de la Tour, que venia á persuadirla de parte del Gobernador á que supuesto que ella no podia emprender el viage, debia hacerlo sin mas dilacion su hija Virginia, á lo que quedó convenida. Pablo, viendo las conversaciones secretas que madama de la Tour tenia con su hija, y entregado á los impulsos de tristeza, apesadumbrado decia: "Algo se trata contra mi, cuando

tanto se recatan que yo las oiga.”

Al punto que se estendió la voz que la fortuna habia visitado aquella isla, llegaron muchos mercaderes, á quienes compró Virginia bastantes cosas; pero todo para sus madres y criados, y para ella casi nada.

En una deliciosa noche en que la luna alumbraba toda la isla, despues de haber cenado, Virginia que, como todos los demas, no habia hablado nada en la cena, se levantó la primera y fué á un sitio muy agradable, á donde Pablo la siguió sin hablar palabra. Cuando recorriendo Virginia con la vista el horizonte avistó á la entrada del puerto una luz y una sombra, que era el fanal y el casco del navio en que habia de ir á Europa, lo que la sirvió de tristeza. Tuvieron una conversacion, en la que Pablo le decia: “¿Dónde irás que te halles mejor que en compañía de nosotros? Luego que estés en Francia, á fuerza de estar entre la grandeza y señorío te orgullecerás, adquirirás un himeneo honroso, y entonces tu hermano Pablo será olvidado por tí.” A lo que le repuso Virginia: “No pienses tan mal de mí; si me voy es por obedecer á mi madre y cumplir con lo que debo.” “¡Ay Virginia! permítame, ya que no puedas quedarte, ir en el mismo navio en que tú vayas, ya que buscas otra suerte mejor en país estrangero para tí y otros bienes que los que te produce mi trabajo. Tú eres la causa de mi partida...” (esclamó) ya no podia continuar: las lágrimas y los lamentos no la permitian proseguir. Pablo por otra parte desesperado, que la seguiría á donde fuese, que la libraría de que cualquier pedante de Francia ni aun la mirase la cara.

Las madres, que estaban escuchándolos tras de unas zarzas, se arrojaron en sus brazos, donde se vió la escena mas dolorosa y triste que se puede juzgar. Pablo lleno de cólera le dió una congoja, de la que no pudo volver hasta que Virginia le llamó, diciéndole que siempre viviría para él: entonces se le quitó la furia, como el aire que disipa el humo, ofreciéndole las madres que al dia siguiente irian á casa del Gobernador y harian porque de Virgiana se quedara, que dejase reposar á la familia y fuese á pasar la noche á

la cabaña del vecino, pues eran ya mas de las doce. Accedió sin la menor repugnancia, y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el alba y se volvió á su casa. Lo primero que vió fué á María, que estaba llorosa sobre un peñasco mirando al mar alto. Así que la descubrió comenzó á gritarla: "María, María, ¿dónde está Virginia?" Presumiéndose Pablo que sería, inmediatamente se dirigió al Puerto, donde le dijeron se habia embarcado Virginia antes de rayar el dia, y ya no se divisaba la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió desesperado á la posesion y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Se dirigió á una altura, desde donde divisó la nave conductora de Virginia, la que estuvo mirando todo el dia hasta que la perdió de vista. Volvió á su casa, y al ver á madama de la Tour, se quejaba lamentándose que le habia engañado, á lo que le decia: que el Gobernador se la habia llevado á la fuerza: las dos madres lloraban hilo á hilo al ver que las faltaba Virginia, y á Pablo que estaba desesperado, pues ni aun le habian permitido despedirse de ella. Pues bien, replicó agitado, buscad ahora otro que yo, que enjague vuestras lágrimas.

Todo le parecia triste desde la partida de Virginia; su madre y madama de la Tour se valian de las espresiones mas tiernas y afectuosas para que su dolor no degenerase en desesperación, dándole madama de la Tour los nombres mas propios para animarle, como hijo, yerno y otras cosas que le eran agradables á sí, con lo que consiguió tomase algunos alimentos, pues hacia tiempo no comia cosa de provecho.

A poco tiempo este jóven ayudaba ya á Domingo, y llegó á saber leer; y así es que leía á la corta familia el Telémaco, que era el que más le agradaba de cuantos libros tenia en su choza.

Despues de año y medio que no sabian aun de la suerte de Virginia, recibieron una carta escrita de su puño por la que conocieron era infeliz, apesar del disimulo con que estaba escrita, y quedó Pablo admirado de que de todos hablaba menos de él, pues hasta al perro le nombraba,

El buque que trajo la carta de Virginia aseguraba quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que habia de ser su esposo. Pablo al principio despreciaba tales rumores; pero como todos los colonos de aquella isla lo dijese, lo llegó á creer, lo que acrecentó sus temores y le hacian ya infeliz. Hacía exclamaciones y quedaba enagenado en una especie de abatimiento de ánimo; y saliendo de él repentinamente exclamaba: "Torna, torna Virginia, al pais donde has nacido; abandona tus palacios, tu fausto y tu grandeza, vuelve á estas breñas á la sombra de estas florestas, en que has pasado tu infancia." A lo mejor quedaba muy sosegado con la esperanza de volver á ver á Virginia.

Después de algunos meses, se levantó Pablo una mañana al rayar el alba, y vió tremolar una bandera blanca de embarcacion; se dirigió Pablo al puerto por saber si adquiria alguna noticia de Virginia, y efectivamente, entre otras traia una carta para madama de la Tour. La tomó con la mayor alegría, y así que avistó á los suyos les enseñó la carta, en la que Virginia decia habia recibido maltrato, y que por lo tanto regresaba al suelo en que estaban las personas que mas quería en este mundo: que ya estaria en su compañía si el capitán del navío la hubiese permitido abordar en alguna lancha; pero que hasta la madrugada del dia siguiente de recibir la carta, no podia ser.

Leida esta carta, la familia comenzó á gritar: «que ha llegado Virginia.» Serian las diez de la noche cuando salieron Domingo y Pablo á esperarla. Hacía un calor bochornoso, la luna acababa de salir, tenia un color como de fuego y en rededor suyo tres cercos negros. Se levantó una gran borrasca; la lluvia, los truenos, los relámpagos y los rayos aterraban la naturaleza; allá poco se oyeron á lo lejos cañonazos de una tripulacion pidiendo socorro. A la media hora cesaron los cañonazos, y aquel silencio parecia aun mas horroroso. Segun iban caminando vinieron una hoguera, en la que habia mucha gente esperando el dia. Los dos hicieron lo mismo, y al rayar el alba no pudieron descubrir ningun objeto, pues era el dia tan tenebroso, que no se descubria mas que el extremo

de la playa donde ellos estaban. A poco tiempo el Gobernador que había ido con tropa, mandó hacer una descarga, y se advirtió en el mar una llamarada seguida de un cañonazo, y vieron que el navío estaba cerca. De allí á poco se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, y todos á una voz dijeron: Un huracán! un huracán! El mar embravecido por el viento, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas. Continuamente veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, y solo se veía una luz fúnebre y parda.

Con los terribles balances del navío faltáronle los cables á la proa; y como quedó á una sola, fué á perecer contra las peñas de la playa. Pablo arrojóse al agua, y se encaminó hácia el navío, nadando unas veces, y yendo á gatas por los peñascos. Toda la tripulación se precipitaba en tropel al mar, unos en toneles y otros en tablones. Luego se vió una jóven en la popa con los brazos tendidos: esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo. Todos los marineros se habían echado al agua, menos uno que intentaba salvarla, diciéndola se desnudára, que por este medio libraría la vida arrojándose con él al agua, á lo que se oponía, hasta que la necesidad la obligó, pero tarde. Levantó los ojos al cielo y desapareció de allí; una montaña de agua se abalanzó bramando contra el navío; ¡oh día espantoso! todo fué sumergido. Domingo retiró á Pablo de las aguas privado de sentido y arrojando sangre por boca y oídos: el Gobernador mandó entregarle á los cirujanos. Algunas personas fueron á preparar á la madre de la muerte de su hija, por no decirselo de repente y que sucediese otro infortunio.

Entre los restos del navío que las olas arrojaban á la playa, se vió á la infeliz Virginia medio enterrada en la arena con una mano sobre sus ropas y otra sobre el corazón, con el retrato de un Pablo, á quien había prometido no desprenderse de él hasta la muerte. El cuerpo de Virginia fué enterrado en la iglesia de las Pamplenas con la mayor solemnidad.

Pablo en el espacio de ocho días no cesó de andar de una parte á otra corriendo los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia, cuyos sitios le hacian derramar lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mútua alegría, no repetian mas que estos acentos dolorosos: “¡Virginia!... amada Virginia!” Su salud se deterioraba por momentos, apesar de llevarle á diferentes montañas, desde donde no se divisaba cosa que pudiera escitar en Pablo la memoria de Virginia; nada de esto le servia, todo era triste para él, vivia en la mayor desesperacion, deseoso de juntarse á su amada Virginia; y en efecto, Pablo murió dos meses despues de su amada compañera, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita siguió á su hijo á los ocho días. Madama de la Tour, Domingo y María tambien murieron; la primera pedia á Dios perdonára á la tia de Paris, quien tenia la culpa de tantas desgracias, la que murió tambien, segun se habia sabido antes. Pablo fué enterrado al lado de Virginia, lo mismo que las madres y los dos criados, por lo que le pusieron el campo del Sepulcro.

Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos á quienes tenian obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor de que huyeron cuando vivian; prefieren, al contrario, andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor á las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parages de esta isla, que eternizarán la pérdida de Virginia. Se vé cerca de la isleta de Ambar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el paso de san Gerardo, nombre del navío en que naufragó Virginia; á la estremidad de aquella larga punta de tierra que se

distingue á las tres leguas, medio cubierta con las olas del mar, y que el san Gerardo no pudo doblar la vispera del huracan para entrar en el puerto, se llama el cabo Desgraciado, y allí, frente á los confines del valle, se vé la bahía del Sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituírle á su familia y tributar los últimos homenajes á su pudor en las mismas playas que ella habia honrado con la inocencia de su vida.

Este fué el fin de una familia tan virtuosa, jóvenes tan tiernamente unidos! madres desgraciadas! amadas familias! estos bosques que os daban sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde reposábais todos juntos, lloran todavía el haberos perdido. Nadie, despues acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han vuelto montaraces, vuestros vergeles están destruidos, vuestros pájaros han huido, y solo se oyen los silvos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos.

CANCION LAMENTABLE

DE

PABLO Y VIRGINIA.

¡Triste Pablo! fatal el destino,
Sobre ti su rigor ha lanzado!
Duros rayos furiosos ha vibrado
Huracan despiadado y cruel.

¿Dónde estás, inocente Virginia,
Dulce imán de mi pecho amoroso?
Sin tí, Pablo, no es ya venturoso,
Cual tampoco lo fueras sin él.

Mar insano, que víctimas tantas
En tu seno mil veces undiste;
Igualmente esta víctima triste
Deberías ahora tragar.

¿De qué sirve una vida abrumada
De quebranto, dolor y pesares?
¡Ay! mejor fuera undir en los mares
Un tormento que no ha de acabar.

¡Ay, Virginia! tu fuiste á la Europa
Por querer de parientes injustos:
¿Qué faltaba en la isla á tus gustos,
Reunida de Pablo al amor?

Intereses tu ida dictaron,
Tu regreso ya Pablo veía;
Pero mano cruel, manó impía,
Disparaba su furia y rigor.

¡Ay, yo ví junto al puerto fluctuando
Nave endeble batida del viento!

¡Ay, yo ví embravecido elemento,
Vela y mástil con rabia embestir!

¡Ay, yo ví cual las tablas crugian
De las olas al bárbaro embate,
Sosteniendo asombroso combate,
Que no pudo por fin resistir!

¡Ay, yo ví á mi querida asomando
Con los brazos alzados al cielo,
Que imploraba en su cruel desconsuelo
La benigna anhelada piedad!

No fué oída su voz candorosa,
Pudo mas el rigor del destino,
Y el amparo celeste divino
Sordo ha sido á tan cándida edad.

Tragó el mar á mi prenda adorada;
Desaparece á mi vista la nave,
Todo se unde y... ¡que no me acabe
El furioso cruel frenesí!

¡Ay Virginia, las olas sumieron
Ese cuerpo de amor delicado,
Mas el alma á los cielos se ha alzado
Y piadosa me miras de allí!

¡Ay! pues, quedo en fatal desamparo
Pide á Dios que mis dias termine,
Y tu alma á la mia avecine,
Por unidos le amemos sin par.

¡Ay! ¿qué fuera en el mundo insensato
Sin Virginia su amante angustioso?
¿Dónde hallará descanso ó reposo,
Quién tan solo vivió para amar?

Muerte...! muerte! tu sola piadosa
Puedes dar dulce fin á mi llanto:
Cuando llega á tal punto el quebranto
Verdadera delicia es morir.

Ven, pues, pronta á mi voz, corre, vuela,
Y á Virginia me une al instante,
Y falezca por fin como amante,
El que así supo solo vivir.

Digna

FIN.

Muerte! muerte! tu sola parados
 Puedes dar darte fin á mi llanto:
 Cuando llega á tal punto el quebranto
 Verdadera delicia es morir.
 Ven, pues, pronta á mi voz, vuela,
 Y á Virginia me vas al instante,
 Y fallas por fin como amante,
 El que así supo solo vivir.



LISTA

de las Historias que se venden en la
 misma imprenta de Santaren.

Pliegos.	Pliegos.
La guerra de Africa.	Lámpara Maravillosa.
La guerra civil de España.	Cartas de Abelardo y Eloisa.
Flores y Blanca-Flor.	El Cid Campeador.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	Ramon Cabrera.
Napoleon Bonaparte.	El picaro Guzman de Al- farache.
El Manto Verde de Ve- necia.	Don Carlos Maria Isidro de Borbon.
Venturas del ingenioso hidalgo D. Quijote.	El principe Ahmed y la hada Pari-Banu.
Nuevo Navegador.	La Sultana de Persia ó las dos hermanas celosas de otra menor.
D. Leopoldo O'donnell.	Los Amantes de Teruel.
Clamades y Clarmonda ó sea el Caballo de Madera.	Honra, usura y asesino, ó sea José el Mendigo.
Los tres hermanos Corco- bados de Braganza.	El Lazarillo de Tormes.
El pais y condiciones de los Gigantes.	Don Pedro de Portugal.
Pablo y Virginia.	Lo Doncella Teodor.
Gil Blas de Santillana.	El falso profeta Mahoma.
Roberto el Diablo.	Los siete Infantes de Lara.
Carlo Magno, y los doce Pares de Francia.	Bernardo del Carpio.
	El Castillo Misterioso.

	<u>Pliegos.</u>
El valeroso Sanson.	3
La Gloria de Bethulia por Judith.	3
Esther y Mardoqueo.	3
Vida de san Amaro y mar- tiro de santa Lucia.	3
Robinson en una isla de América.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.	3
Los Templarios.	3
Luis XVI, rey de Francia.	3
La Española inglesa.	3
La Guerra de la Indepen- dencia.	3
Don Francisco Espoz y Mina.	3
Vida de Santa Maria Egip- ciaca.	3
Conversion de Francia por	

	<u>Pliegos.</u>
Clotilde y Clodoveo.	3
El Diluvio universal.	3
Pérdida y restauracion de España.	3
El Toro blanco encantado.	3
La Creacion del mundo.	3
El pais y condiciones de los Enanos.	3
Edmundo Dantés, conde de Monte-Cristo.	3
Fernan Gonzalez.	3
El Emperador Neron.	3
La Máscara de hierro ó fa- tales consecuencias de una pasion.	3
El Cura Merino.	2
Francisco Esteban.	2
El Marqués de Mantua.	2
La enterrada en vida.	

En la misma imprenta se hallan además de las historias anteriormente espresadas, un surtido de Romances, Trovos, Décimas, Sainetes y Entremeses de mas de trescientos títulos.

Tambien hay una buena coleccion de estampas pintadas en todos tamaños, y soldados de las de Barcelona. Aleluyas ó redolines, libritos de varias clases y todos cuantos se usan en las Escuelas.